la destreza de D. Alonso de Aragón, hermano del rey, para reducir el castillo al último extremo y obligarle á rendirse el 19 de Marzo con honrosas condiciones, permitiendo á Alonso de Valencia sacar todo lo suyo y la artillería y dándole para su seguridad la fortaleza de Castrotorafe. Los padecimientos y la lealtad de Zamora fueron recompensados con una feria anual de veintidós días empezando quince antes de la cuaresma, que á 7 de Mayo siguiente le concedieron los reales esposos exenta de portazgo y alcabala (1).

Si azarosos fueron los principios del inmortal reinado de Fernando é Isabel, mal presagiaba las futuras grandezas del de su nieto el alzamiento de las comunidades de Castilla, en el que complicó á Zamora gravemente el belicoso humor de su prelado (2). De choques y disturbios anduvo ya acompañada en 1507 la entrada de D. Antonio de Acuña en su diócesis, oponiéndole estorbos y dificultades por un lado la poderosa enemistad del condestable Velasco, por otro las provisiones del consejo que daba por nulo su nombramiento en Roma por no haber precedido la presentación real. Á las cédulas y á las armas hizo frente el nuevo obispo, y sorprendiendo en la posada al alcalde Ronquillo encargado de ejecutar los mandatos superiores, le llevó preso á la fortaleza de Fermoselle, abriendo con él una cuenta de agravios que veinte años después había de saldarse en Simancas. No hubo fuerza capaz de arrancarle de su silla ni hasta de turbar su tranquilo posesorio: el Rey Católico, prendado de su sagacidad y energía, le confió la misión de reducir al marqués de Villena su pariente y una embajada al rey de Navarra, en la que contra derecho de gentes fué preso y entre-

(1) Desde tiempo inmemorial se denomina feria *del botijero*, y dura en la actualidad desde el principio de la segunda semana de cuaresma hasta mitad de la cuarta.

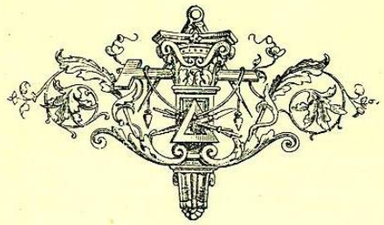
(2) Fué hijo el célebre Acuña, de quien tantas veces se ha hablado en este tomo, de D. Luís de Acuña y Osorio y de D.ª Aldonza de Guzmán, fallecida la cual abrazó D. Luís el estado eclesiástico y ocupó la silla episcopal de Burgos cerca de cuarenta años.

gado á los franceses, á quienes había combatido en la infeliz jornada de Rávena. Mal podía tolerar el indómito vigor de Acuña un poder competidor dentro del lugar de su residencia, y lo encontró en el conde de Alba de Liste, D. Diego Enríquez, cuyos estados y noble alcurnia le daban grande ascendiente en la ciudad; de aquí los celos, las desavenencias, las sordas é irreconciliables iras que sólo ansiaban una ocasión para el rompimiento.

Presentóse ésta en los últimos días de Mayo del año 1520. Bramaba el pueblo zamorano contra sus procuradores, Bernardino de Ledesma y Francisco Ramírez, que en las cortes de Coruña habían otorgado al rey D. Carlos el donativo, pidiéndole absolución del juramento prestado á sus comitentes de darles previo aviso de sus acuerdos y de no abusar de los poderes ilimitados que con semejante promesa habían obtenido. Amagábales la funesta suerte que por aquellos días tuvieron los de Segovia, si no se hubieran retirado á tiempo al monasterio de Montamarta, á tres leguas de la ciudad; y sin la mediación del conde, que era bien quisto y popular todavía, habrían sido derribadas sus casas por el suelo. Ya que no pudieran ser habidas sus personas, á pesar de haberse reclamado su entrega á los religiosos con amenazas de quemar el convento, fueron arrastrados en estatua por las calles con pregones afrentosos, y pintados en las casas del consistorio sus retratos, escribiendo al pié, después de los nombres, su traición y su perjurio. Negóseles el salvo conducto que pedían para presentarse á dar cuenta de sus actos. En medio del tumulto prevalecía no obstante sobre el obispo la influencia del de Alba, tanto, que Acuña desesperado hubo de abandonar la ciudad y acudió á la junta de Tordesillas pidiéndole ayuda á trueque de sus servicios. Con la gente y artillería que obtuvo de los comuneros gozosos de granjearse tan firme auxiliar, revolvió sobre Zamora, donde no osó esperarle el conde, sino que desamparada la fortaleza marchó á juntarse con la hueste de los caballeros.

Los dos contendientes figuraron en primera línea en su respectivo campo. Acuña formó una falange sagrada de cuatrocientos clérigos de su diócesis, valientes, y bien armados á quienes azuzaba como alanos en los combates (1). En la defensa de Tordesillas, en el socorro de Torrelobatón, en la derrota de Villalar, militaron siempre las compañías de Zamora al lado de las de Toro y Salamanca, participando de la gloria de aquellas jornadas y también de las rivalidades é indisciplina que esterilizaban á menudo sus victorias y agravaban sus reveses. Mientras empuñó el bravo obispo la espada, no reconoció la ciudad otro señor ni caudillo; mientras alentó, aunque preso, en Simancas, no tuvo otro prelado, gobernando como administrador de la iglesia D. Francisco de Mendoza. De consiguiente no se limitaron allí las alteraciones á eclesiásticos inquietos y gente ordinaria, como ha escrito algún historiador de Zamora para acreditarla de leal; subió al patíbulo su procurador en la Santa Junta Francisco Pardo; aparecen entre los exceptuados del perdón seis individuos de las ilustres familias de Porras y de Ocampo; y si se celebraron con grandes fiestas la reducción y el castigo de los rebeldes, es porque rara vez faltan vivas para los vencedores y porque el entusiasmo oficial no data precisamente de nuestra era.

Aquí termina la historia pública de Zamora, á no registrar como acontecimientos las visitas reales con que muy de paso la honraron, en 1522 Carlos V, en 1554 Felipe II todavía príncipe, al ir á desposarse en Inglaterra con la reina María, en 1602 Felipe III y su consorte Margarita de Austria. Siguen empero sus anales íntimos, llenos de odios y disensiones de familia, de duelos y emboscadas, de reyertas y asaltos, que convertían en sangrienta liza sus calles y sus casas en fortalezas; y los bandos de los Mazariegos y de sus contrarios no desmerecieron en

(1) «Y al arremeter decia: aquí mis clérigos;» son palabras de Sandoval. Véase en la nota primera pág. 249 de este tomo la cita de Guevara sobre lo mismo.»

pleno siglo XVI de las más encarnizadas facciones de la Edad media. En 1642 la amenazaron los portugueses invadiendo el país extraño para asegurar la reciente emancipación del suyo; y el obispo Coello de Ribera, renovando en causa más legítima el marcial ejemplo de Acuña, armó á los clérigos y frailes para defenderla; en 1808 la sometieron sin hallar resistencia los franceses después de la funesta batalla de Rioseco. Ahora en el seno de la paz y del retiro recuerda Zamora como anciano militar los sitios que con tanta prez sostuvo en el siglo X contra los sarracenos, en el XI contra los castellanos, en el XV contra los portugueses, con más entusiasmo por sus antiguas glorias que deseos de conquistar nuevos y costosos blasones.